



ABRIL DESCUBRE EL MAR Y LOS HELADOS DE FRESA

DIANA PARDO
Editorial: Titania. 288 páginas. Precio: 18 euros

Un romance en el que el amor prevalece sobre las relaciones tóxicas y los tabúes sociales. Abril

vive una vida de ensueño o eso piensa ella. Cuenta con 20 años de feliz matrimonio junto a Pedro y con las dos mejores y alocadas amigas que se podría desear. Maura azafata de vuelos transoceánicos, y Susana abogada de familia con muchas dudas existenciales. De repente su vida da un giro cuando Pedro le anuncia que ha aceptado un puesto de trabajo en Miami en donde ha conocido a otra mujer. Justo en este momento comienza el desarrollo personal de la protagonista que con la ayuda de sus amigas tendrá que encontrar la manera de seguir adelante. En medio de este caos Abril conoce a Óscar, un atractivo preparador físico 12 años menor.

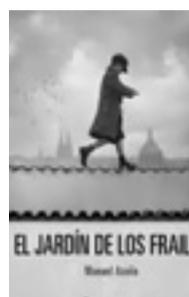


LA TRAVESÍA FINAL

JOSÉ CALVO POYATO
Editorial: Harpercollins. 670 páginas. 23,90 euros

Calvo Poyato sitúa al lector en el siglo XVI con una espléndida novela donde se suceden los grandes acontecimientos acaecidos en los años

siguientes a la llegada de la Victoria al puerto de Sevilla y con Juan Sebastián Elcano recibiendo, en 1522, el derecho a usar un escudo de armas con el lema «Primus circumdedisti me». Carlos I se lo otorgaba tras protagonizar la primera vuelta al mundo. Esa gesta lo convirtió en uno de los marinos más respetados del reino. Recompensado también con una generosa pensión, no iba, sin embargo, a quedarse en tierra tan fácilmente. Era un marino de raza y todos sus esfuerzos se encaminaron al apresto de una nueva expedición que, navegando por la ruta abierta hasta las islas de las Especias, las incorporase a los dominios del rey de España.



EL JARDÍN DE LOS FRAILES

MANUEL AZAÑA
Editorial: Nocturna. 162 páginas. Precio: 15 euros

Además de un político reformista de izquierdas y de presidente de la Segunda República española, Manuel Azaña

tuvo una faceta literaria que le llevó a ganar el Premio Nacional de Literatura en 1926. El sello editorial Nocturna recupera 'El jardín de los frailes', obra que publicó en 1927 y que se inscribe en el género de la novela de formación. En ese texto narró las vivencias e inquietudes de un adolescente en un colegio religioso de El Escorial que es el mismo en el que él pasó ocho años y que regentaba la orden de los agustinos. El libro arroja gran luz sobre la educación que recibió Azaña, sobre cómo se forjaron su carácter liberal, sus dotes oratorias, su ideología laicista y su rechazo tanto al fanatismo como al poder de la Iglesia. **I. E.**



YO, DITA KRAUS

DITA KRAUS
Traducción: Ana Momplet Chico. Editorial: Roca. 350 páginas. Precio: 20,90 euros

Nacida en Praga en 1929, Dita Kraus fue deportada con su familia, cuando tenía 13 años, al

gueto de Terezín y luego a Auschwitz, donde murió su padre y ella se convirtió en bibliotecaria de los libros que sus compañeros consiguieron pasar de contrabando burlando la vigilancia de los nazis. 'Yo, Dita Kraus' es el libro en el que cuenta no solo esa experiencia sino las que le siguieron: su traslado posterior al campo de concentración de Bergen-Belsen donde murió su madre, su boda, tras la liberación, con el escritor Otto B. Kraus, superviviente, como ella, de Auschwitz; su decisión de ir a vivir en 1949 a Israel, donde ambos empezaron a trabajar de maestros y tuvieron tres hijos. Un testimonio del horror, de amor, valentía y superación. **I. E.**

Docto y cordial

El libro, con algunas notables excepciones, parece destinado a reunir lo más artificioso de la obra de Rodrigo Olay, un erudito de la vieja escuela

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN

A un poeta le resulta más fácil sobreponerse a sus limitaciones que a sus dotes naturales. «Facilidad, mala novia», decía Gerardo Diego. El virtuosismo técnico de Rodrigo Olay, su dominio de lo que él irónicamente denomina «vieja escuela» de la versificación clásica, asombra. Es, sin lugar a duda, «il miglior fabbro», no solo de su generación, también de la poesía actual, si exceptuamos a Antonio Carvajal.

Como Carvajal, que fue catedrático de métrica en la universidad de Granada, Olay se conoce al dedillo todas las minucias de la versificación, juega con ella al circo «más difícil todavía». Como Carvajal, corre el riesgo de que su poesía se convierta en primorosa y cansina artesanía, en ejercicios de taller, todo lo magistrales que se quiera, pero al fin y al cabo nada más que ejercicios.

Ese riesgo, que parecía supera-

do, o a punto de superarse, en 'Saltar la hoguera', su libro anterior, se acentúa en 'Vieja escuela'. Una posible causa viene indicada por las fechas de escritura: 2009-2020, desde sus inicios (nació en 1989) hasta ahora mismo. El libro, con algunas notables excepciones, parece destinado a reunir lo más artificioso de la obra del autor.

Hay liras a lo Fray Luis, a las que es difícil no aplaudir, pero a las que dejamos de prestar atención mucho antes de llegar a la última; hay también una sextina —esa artificiosa composición que rescató Gil de Biedma—, rebuscadamente prescindible, como el homenaje a Luis Alberto de Cuenca, «Robb Stark resuelve marchar sobre Casterly Rock», y tantos otros juegos de ingenio o piezas de bravura.

Rodrigo Olay tiene algo de niño prodigio que intenta dejar de serlo sin conseguirlo del todo, aunque siga habiendo mucho de prodigioso en sus versos. Los mejores poemas son lo que nos hablan

de una infancia difícil («Siempre he creído que iba a morir joven»), pero que se va dorando con los años («Cuanto más tiempo pase, mejor fue»); de los afectos familiares —los hermanos, la abuela Jovita—; de la amistad (pocos poetas tan generosamente cordiales como Rodrigo Olay) y del amor; «llama única».

Aparte de poeta excepcional —a pesar de todos los peros, casi siempre por exceso de dotes, que pueden ponérsele—, Rodrigo Olay es también un erudito de la vieja escuela, un filólogo en la mejor tradición de Menéndez Pidal o Dámaso Alonso. A una edición ejemplar de la poesía de Feijoo, añade ahora 'El endecasílabo blanco': la apuesta por la renovación poética de G. M. de Jovellanos (Universidad de Oviedo, 2020), que va más allá de ser un impecable ejercicio de erudición para formular una atrevida hipótesis: que el versolibrismo de la poesía contemporánea española tiene su origen en Jovellanos. La hipótesis es más atrevida que verosímil y se apoya en dudosas afirmaciones: que las variedades rítmicas que Jovellanos encuentra en el endecasílabo son más propias del endecasílabo blanco que de cualquier otro endecasílabo; que prescindir de la rima «permite alcanzar una mayor naturalidad al acercar su discurso al de la lengua oral, que es,



VIEJA ESCUELA

RODRIGO OLAY
Editorial: Rialp (Adonais). Madrid, 2021. 110 páginas. Precio: 10 euros

según Eliot, el principal valor del verso suelto»; que la generalización del verso libre se da con la «Generación del 36, esto es, la de los poetas de la llamada poesía social».

No es cierto que sea la rima la que aleje un poema del lenguaje de la conversación: más cerca de la conversación puede estar un soneto de Rubén Darío («Recuerdas que querías ser una Margarita / Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está, / cuando cenamos juntos, en la primera cita, / en una noche alegre que nunca volverá») que los rimbombantes versos sin rima de «Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda»; y el lenguaje de la calle que Celaya, quien presumía de haberle quitado los coturnos a la poesía, encuentra un antecedente más

claro en Campoamor (que no prescindió de la rima) que en Jovellanos (los versos sociales más famosos de Celaya, por cierto, tienen rima, como la tiene el 'Vientos del pueblo' de Miguel Hernández).

'El vuelo excede el ala' en Rodrigo Olay, para decirlo con un título de Jenaro Talens: las precisas minucias de la erudición pueden —suelen— encubrir errores conceptuales; el virtuosismo métrico, los juegos de palabras, los guiños de la intertextualidad distancian al lector, ahuyentan la emoción poética. Un ejemplo a evitar: «Fragil, como la espalda / que recorre un primer escalofrío / cuando el aire se afina en la hora última / de una tarde en el mar (su ave es la noche) / o la arena que un pie quiebra despacio». ¿Qué pinta en estos versos «el ave de la noche»? ¿De quién es esa ave? No pinta nada. Está ahí solo para justificar una calambur con el título de Scott Fitzgerald: 'Suave es la noche.' Poemas como 'Neuvic', en cambio, con su decir sabiamente entrecortado, con su audaz collage de imágenes —detrás, la lección del mejor Gimferrer—, nos muestran que Olay es un poeta, un verdadero poeta capaz de escapar de las trampas del virtuosismo, aunque en este libro caiga quizá en ellas más de lo que cabría esperar.

Beber para vivir

IÑIGO LINAJE

Pocos placeres hay comparables, cuando uno escribe (luego observa) y viaja por el mundo, al de sentarse en la terraza de un café y ver pasar la vida al lado de una copa. La lucidez perceptiva que, inicialmente, confiere el alcohol al organismo es un regalo impa-

gable que estimula la imaginación y favorece el raciocinio.

Aunque yo no escriba novelas ni artículos en 'The New York Times' ni sea un viajero impenitente, me siento en el interior de un bar, pido una copa de vino y empiezo a leer las quince crónicas que Lawrence Osborne ha reunido en su libro 'Beber o no beber

(Una odisea etílica)'.

Más allá de la vida disoluta del protagonista y de la galería de alcohólicos ilustres que presenta, voy descubriendo en cada relato —y esto es lo importante— un viaje por diversos países de Oriente Medio donde el escritor británico cruza historias personales, radiografía los lugares que visita y, al mismo tiempo, hace un análisis de los modos de vida de ciudades como El Cairo o Estambul.

Siempre con un humor discre-



BEBER O NO BEBER

LAWRENCE OSBORNE
Trad.: Magdalena Palmer. Ed.: Gato-pardo. 232 páginas. Precio: 19,95 euros

to y contenido, Osborne refiere anécdotas de sus encuentros con amantes, cenas y fiestas en lujosos restaurantes y recuerdos de su adolescencia londinense. Y, entre tanto, expone sus reflexiones en la página: «Cuando estoy en un bar, habitualmente solo y distanciado del género humano... soy un títere, pero la sutileza y el encanto de los títeres nunca deberían subestimarse». Leo esta frase lúcida y medito su significado. ¿No es este, acaso, el propósito de la buena literatura?